



Andrés de Prado

# **Ardid de la pobreza y astucias de Vireno**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Andrés de Prado

## Ardid de la pobreza y astucias de Vireno

[Nota preliminar: Edición digital a partir de Meriendas del Ingenio y entretenimientos del Gusto, en Zaragoza, por Juan de Ybar, 1663, pp. 247-292 y cotejada con la edición crítica de Evangelina Rodríguez, Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII, Madrid, Castalia, 1986, pp. 283-312.]

Zaragoza, imperial y siempre augusta ciudad, corona del fidelísimo reino de Aragón, amparo de las extranjeras naciones, archivo de la justicia, enriquecida con el sin segundo templo que a la Reina de los angélicos coros erigió el peregrino apóstol (patrón de la celebrada España), que hoy en un Pilar, colu[m]na firme a sus vaivenes, benigna le asiste; erario y sublime mausoleo de tantos ilustres mártires, que por ser tantos el número no comprende ni la gramática alcanza; patria y madre de venerados santos y de heroicos varones que con lo prodigioso de sus hechos han hecho inmortales sus nombres; ilustrada con una metropolitana iglesia en quien concurre lo ostentoso de sus dignidades con lo puntual en su culto, aseo (digno de llamarse así) por lo costoso de su adorno, rico de sus altares y precioso de sus ornamentos; engrandecida con tres doctos cuanto graves Consejos (Corte, Civil y Criminal) cuyas plazas ocupan benignos y prudentes héroes: con un esclarecido Presidente, un Prelado sublime y un Gobernador celebérrimo; gobernada de cinco magníficos varones que alternativamente suceden en su gobierno del copioso y magnífico número de sus ciudadanos, y un Zalmedina de igual calidad y prendas; habitada de nobles familias, como también de bellas y discretas damas, gallardos y perfectos caballeros, cuya deliciosa ribera baña el caudaloso y cristalino Ebro, que por celebrarla se convierte todo en líquidas y plateadas lenguas de alabanzas. En ésta, pues, por la muchedumbre de mendigos que la inquietan, moscas a todos tiempos de las casas sin hallar invierno que las ahuyente, se juntaron en las orillas del ya dicho río, cuatro pobres corsarios de toda dádiva y representantes eternos de la miseria en el teatro de la vida. Era el uno andaluz, según decía, por haber dejado a tantos sin ella con sus astucias; éste contaba haber estado en Flandes y que en cierta batalla que tuvo con un tercio de valones sobre un desgarró que tuvieron con el Tiempo, general antiguo de su milicia, se vieron en tanto aprieto que si él no los socorriera con dos mangas perdidas de su tercio era imposible escaparlos del rigor del capitán Polilla, enemigo capital suyo. Con quien tuvo tanta hinchazón su persona que aún le duraba en una pierna, colu[m]na en quien sustentaba su cuerpo, cuba de Sahagún, siempre respetado por puro, de cuya puridad tenía un ojo tan señalado que parecía haber nacido en vendimias por criarse tan lagar. Tenía grandes habilidades pues hacía cantar gallos sin ser media noche, dando con ambas manos y

remedando su canto, y esto era para descubrir dónde habitaban las que él no comía, aunque pescaba, por haber nacido tan valiente.

Era el otro un estudiante que había cursado en Grecia porque nadie lo entendía, aunque él se entendía demasiado. Éste contaba que había estado a pique de ser Canónigo, y era tanta verdad que a no faltarle el dinero lo hubiera sido por Yepes y Madrigal y la calle de la Ilarza, tan celebrada de aquel famoso escribano, afrenta de Morante y terror de Casanova. Gran cofrade de los pan y vinos, gentileshombres de su estómago. Era maravilloso herbolario y curaba muchas enfermedades del bazo con su cotidiano ejercicio, y si alguno moría solía decir: «Así convino para el descanso de su alma.» Llamábase por antonomasia el Dómine, renombre que había adquirido por su pura severidad.

El tercero, que lo podía ser de cualquiera, renegado por sus flores, iba hecho un cajón de sastre en su persona, por tanta diversidad de remiendos en capa y vestido de diferentes colores; éste decía haberse visto en su patria bien acomodado, y no mentía, por haber andado lo más a caballo por su oficio, que había sido cochero tan diestro que por dar una vuelta con las cortinas del coche, sin llevar medias ni vueltas, lo habían puesto de vuelta y media en solfa bien cantada si mejor entendida de los que le vieron cuando le cortejaron doscientos cardenales que el papa Correa le envió el día de su mayor lucimiento, por ser persona digna, como constaba de su compañía; en cuyo día se vistió un jubón que lo hizo sudar por ajustado, gala que le dejó el talle liso como la palma gracias a sus hijos, digo los dátiles, que pusieron todo cuidado en su adorno. Algunos maliciosos dijeron iban corridos los cardenales; y es que se encendían y mudaban colores viendo la dicha de este caballero. Pero ellos no se fatigaron, que fueron con mucho orden y concierto.

Era el cuarto y último de esta junta una estantigua por lo flaco y figura de la parca; éste cantaba y contaba, por hablar en tiple, que había sido lucido ingenio en sus verdes años que el tiempo había agostado con sus vueltas. Decía haberse visto cortejado y requerido así de damas como de galanes por haber sido célebre poeta y de los de nombre, habiendo oscurecido con el suyo a los más memorables de nuestros tiempos; y a la verdad era un remendón de Helicon y pato en las corrientes cristalinas de Aganipe.

Estos cuatro, pues, se habían juntado a decretar el modo que tendrían para sustentarse a costa de la diligencia de los otros pobres, harto más necesitados que no ellos por sus verdaderos achaques. Dijo el Sargento, que éste era el nombre del primero, era su parecer que el señor estudiante fuera el secretario, por cuya cuenta corriese el tomar por arancel todos los nombres de los otros mendigos, y que los forasteros estuvieran obligados a registrarse por saber cuántos se aumentaban en tan honrado colegio, dándole oficio de pesquisidor y visitador de parajes al cochero, para que descontara a pie lo que había vivido a caballo, pues tenía noticia dónde le apretaba el jubón y no los zapatos, porque no los traía por no ponerse en puntos con vinagres, por lo que tienen de cuero. Diéronle la plaza de entretenido en todos puestos al poeta, nombre propio de mendigo, pues ninguno es rico con haber hecho tan linda hacienda que se ve alabada de muchos, cantada de algunos y codiciada de otros, adquiriendo siempre el nombre de buen caudal sin tener un cuarto. Quedándose para sí el Sargento con la sobrebebía, digo soberanía, el título de archipobre, como si dijéramos archipoltrón en esta vida descarada, pues no se les cae pidiendo siempre. Distribuyendo las calles por cédulas, como puestos en fiestas de toros en la corte para que

no se toparan estos pozales humanos al sacar, dándoles el método de su mano, y referendada del secretario en la forma siguiente:

Primeramente sea estatuto inviolable entre nosotros que todos nuestros colegiales y compañeros se hagan sordos al «Dios te perdone»; porque los tales viven, y ésta es rogativa para los finados.

Ítem, que ninguno tome tabaco en público, por quitar la común costumbre a los oyentes del «Dios te ayude», y se lo llevan cabo adelante al tiempo que les pedimos, imaginando que estornudamos, siendo nuestras voces las que les obligan a estornudar a sus bolsas.

Ítem, ninguno pida cantando como alemán, pues éstos más provocarán a risa que a lástima, y sólo sea lícito a las damas que viven cantando y a los clérigos que se sustentan de lo que otros lloran, juntamente con los médicos y cirujanos.

Ítem, sea lícito a nuestros colegiales el fingir llagas, remedar cojos y arredrar mancos, sin que por ello sean castigados, pues son juros de la pobreza, aprobados y consentidos.

Ítem, en las sopas de los conventos y de casas particulares, el que más veces pudiere tomar, lo haga, pues ve que todas las cosas se mudan, y en los nidos, etc.

Ítem, bien mirado que somos muchos, me ha parecido repartir las calles más principales; y valiéndome de la facultad que tengo, las distribuyo en esta forma.

La calle de la Ilarza sea reservada para mi persona tan solamente, pues en ella tengo mi gozo, que no será aguado mientras no salga.

También la de San Pablo con sus bodegas y cubas, en las cuales no puedan entrar mis colegiales sino con mi persona, pagándome los gastos que en ella hiciere.

Lo restante de la parroquia sea visitado de nuestro secretario sin inquietud ninguna; la del Coso, con sus callejuelas de Santa Catalina, sea de nuestro hermano el poeta para que tengan algún alivio las musas en sus fatigas.

Y la callejuela de Monserrate, con la plaza de Santa Marta, quede para el cochero, sin entrar en la calle Mayor, por no traerle a la memoria sus prosperidades y ocasionarle se desvanezca de pensar en ellas con los que suelen ir por ésta tan bien correjados que los salen a ver de propósito, alabando sus talles y gentileza.

Así repartió el archipobre las calles quedándose con facultad de enmendar y corregir dichas constituciones, que juraron sobre la hortera de guardar los dichos colegiales, quedando de verse cada ocho días en el mismo puesto, a que dieron nombre de Nuevo Areópago para conferir sus leyes, despidiéndose cada uno para acudir a sus puestos señalados.

Casos raros que le suceden al Licenciado Vireno llamado el dómine por antonomasia

Vivía en una de las calles de nuestro Licenciado una señora viuda (al parecer), con dos hijas doncellas, probadísimas y codiciadas de muchos, sirviéndoles la madre de sombra para que los rayos de la malicia no las ofendieran y para que a ésta tuvieran sus entretenimientos que no eran muy lícitos. Llamábase la mayor Olimpa, si no tan burlada como la de su nombre, tan gozada de muchos y deseada de otros. La segunda, y menor en la edad, era su nombre Lucrecia, pero sin Tarquino, pues nadie le había hecho fuerza a su entereza o rotura. A éstas vio nuestro Licenciado, y llegando con la sumisión ordinaria a pedirles limosna, Olimpa, que era de su natural caritativa, desnudando la blanca mano, le dio al pobre Licenciado un cristalino cintarazo que le llegó a las niñas de los ojos, a que el dicho, viéndose herido, hizo esta redondilla:

Para que el mundo te aclame,  
serafín el más humano,  
con tan peregrina mano  
no me hieras, pero dame.

No lo dijo tan bajo que no lo entendiera Olimpa, y alabando la lisonja, le pidió si quería enseñarlas a leer a ella y a su hermana, a que se ofreció muy gustoso, diciendo ése había sido su ejercicio en Madrid, en casa de los mayores señores, de quienes se había visto estimado, y que por ciertos intervalos estaba con la miseria que le veían. Pero que algún tiempo podría ser volvería a verse en su primer estado, ofreciendo traerles dos libros para que aprendiesen los primeros rudimentos; a que doña Sofía, que así se llamaba la madre, le dijo dándole cuatro reales:

-Usted los compre y acuda a casa, que yo le satisfaré su trabajo.

Con esto se despidió Vireno quedando en volver a la tarde, entrándose las damas a su casa, alabando Lucrecia y Olimpa el buen modo de Vireno, diciendo doña Sofía:

-Ya tenéis, niñas, lo que deseábais, pues este señor os enseñará todo lo que tanto habéis pretendido.

Llegó la hora de las cuatro, en que nuestro estudiante fue a esta casa con dos romanceros que había comprado, alabando la claridad de su autor y ponderando el romance de Valdovinos, las traiciones de Galaón y astucias de Carloto, con los amores del Conde Claros, que con mucho regocijo fue recibido de Olimpa, que la halló sola por haber ido doña Sofía con su hermana a cierta visita; y habiendo tomado silla a su lado la comenzó a exagerar su hermosura y, de paso, alabarle un rosario de finos arambres que al brazo tenía con una preciosa imagen de oro de Nuestra Señora del Pilar, esmaltada con algunos rubíes, a que Olimpa, desasiéndole el brazo, se le ofreció diciéndole se sirviera de él; algo rehusó nuestro Vireno; pero notando que al segundo envite no le tuviera en su mano, y habiéndolo besado muchas veces, se lo puso en la faldriquera diciendo era echarle una cadena para confesarse esclavo de su liberalidad en tanto que el cielo le diese vida. En esto estaban cuando fue avisada que le venía una visita, y preguntando Vireno si embarazaba, fuele respondido que no, por ser una amiga de muchos días y muy entretenida. Por lo cual, componiéndose, la esperó nuestro Licenciado.

Entró Tirse, que éste era su nombre, haciendo paraíso la pieza, y habiendo sido saludada de Olimpa y Vireno, les preguntó en qué se entretenían, a que respondió Olimpa ser el señor Licenciado célebre poeta. No le contentó mucho a Tirse el renombre, por ver estaría baldía su habilidad, que era la de sacar con tanta admiración que a Midas y a Salazar los hubiera hecho Alejandro. Pero consolóse con que el poeta, si quería, le podía dar a una dama las perlas de Ceilán para los dientes, el oro de Arabia para los rizos, la nieve de los Alpes para el rostro y manos, el blanco céfiro para el garbo del talle, el azabache para cejas, ojos y pestañas, con todos los atributos para una perfecta belleza; y mudando el ceño que le había ocasionado su facultad en halagüeño cortejo, le dijo:

-Mucho me huelgo estés tan bien acompañada de este caballero, pues yo ha muchos días deseaba hallar uno de sus prendas para empeñarle en ciertos versos que me ha de hacer, dándole el asunto, que es alabar la liberalidad de una amiga mía, que es en tanto grado su largueza, que no sólo regala y acaricia con los favores sino también con las dádivas; pues se extiende hasta darle los cortes de diversas telas para su adorno, de que estoy admirada.

-No tiene vuesa merced de qué estarlo -replicó Vireno- que en las historias antiguas y modernas se halla no ser esa dama el fénix, pues vemos que dieron éstas no sólo favores pero dádivas. Y yo, que soy el más mínimo de los hombres, pudiera decir he hallado deidad que no sólo me ha favorecido pero dado alguna alhaja de valor.

Bien hubieran hecho estas razones salir colores a Olimpa si no los reprimiera por estar Tirse delante, la cual dijo:

-No tiene vuesa merced que encarecerlo, que yo, con ser en la edad rapaza, he conocido algunas.

-No lo digo por tanto -acudió Tirse- que yo lo creo, y suplico se me haga favor de los versos que le he pedido.

Respondió Vireno:

-El nombre de esa dama y caballero he menester, que lo demás correrá por mi cuenta.

A que Tirse dijo:

-El nombre de la dama se encubre con el de Anarda y el del caballero se disimula con el de Fuentes, apellido del valeroso Conde de este título, cuyos ardimientos han dado tantos timbres a nuestro monarca.

-Está bien -dijo él-, quedando al otro día el dar las décimas de que se mostró muy gustosa Olimpa por haber acreditado lo que había dicho a Tirse. Así pasaron entretenidos hasta que se llegó la hora en que había de venir doña Sofía con Lucrecia, con cuya venida se ausentó Vireno, quedando volver al día siguiente, diciendo a las hermanas tuvieran prevenida la lición.

No estaban a esta sazón validos los camaradas de nuestro Licenciado, pues el Sargento no había dejado de hacer de las suyas, y el cochero por su paraje de dar sus vueltas, y el poeta con su entretenimiento había juntado muy buenas blanquillas, pero no tan buenas para panales a recién nacidos como para su estómago. Había éste héchose villancista, con que no lo dejaban los ciegos con quienes tenía asiento, y le iba muy bien. Componía en tono grave, y enseñaba a rezar con eco y gesto de facciones, que era cosa bien ridícula. Hizo unos versos a San Jerónimo que habían hecho con tanto ruido como su piedra que, si mal no me acuerdo, decían:

#### LETRA A SAN JERÓNIMO, DOCTOR DE LA IGLESIA

Aunque el discurrir me aqueja,  
cantaré por ejercicio  
de aquel santo que aconseja  
para vivir con juicio  
tenerlo siempre a la oreja.  
En un monte solitario  
grande penitencia hacía,  
huyendo del mundo vario;  
y en Roma entonces podía  
estarse como un vicario.

Con un pedernal herir  
solía a veces su pecho;  
y así quiso persuadir  
que le hizo gran provecho  
pues lo pudo digerir.

De una espina un león herido  
a este gran doctor llegó,  
y siendo de él socorrido,  
hecho un cordero quedó  
para servirle valido.

Era gran ciceroniano  
y amigo de leer en él,  
siendo en este error humano,  
y para sacarle de él  
mandó Dios darle una mano.

Si al dormir de Dios el ceño  
lo sacó de horrores tales,  
al mirar su desempeño  
conoció por las señales  
que no era cosa de sueño.

Penitencia de tal suerte  
por vicios del mundo hacía,  
que en su retrato se advierte  
que en este mundo tenía  
muerte en vida, vida en muerte.

Hizo en diversos lugares  
altares al Rey del Cielo,  
dando al demonio pesares,  
que le murmuró en el suelo  
aun viéndole hacer altares.

Y viendo tanta rencilla,  
Jerónimo, a su contrario,  
quiso darle una papilla;  
armóse con su rosario  
y metióse en la capilla.

Disimularon los oyentes los yerros que advirtieron en la letra y él prosiguió.

Ya a esta sazón Vireno había hecho los versos yéndose en cas de Olimpa, en la cual halló a Tirse que ya le esperaba cuidadosa de si cumplía lo que le había ofrecido; el cual, saludándolas cortés, y habiendo sido correspondido, sacando del pecho unas cartas viejas, les dijo:

-Ya tienen vuestras mercedes, mis señoras, lo que me han mandado, si bien se habrá de copiar por estar en borrador y hacer yo la letra no muy buena: achaque de mi calidad encubierta.

Detuvieron la risa oyendo la ponderación en un hombre que de todo lo que llevaba, no se podía hacer una mecha a un candil; pero él, arqueando las cejas, dijo:

-Atención, por mi amor, que las décimas dicen:

Anarda la dadivosa,  
en el mundo singular,  
que es mucho que llegue a dar  
una mujer siendo hermosa.  
De amor prenda generosa,  
que con manos excelentes  
hoy tu riqueza en corrientes  
raudales la desperdicias,  
y con tan grandes primicias  
crecen los ríos y fuentes.

Crece tu liberal mano,  
por dar a tu madre un yerno,  
el terciopelo en invierno,  
el tafetán en verano.  
Él te busca cortesano  
y tú sustentas su porte;  
más justo es que se reporte  
aquí tu acción liberal,  
que este mal no es tan gran mal  
que necesite de un corte.



Dádivas quebrantan peñas,  
suele el adagio decir,  
pero suele divertir  
al que conoce sus señas:  
mira bien a que te empeñas  
y no te des a partido,  
porque es afán deslucido  
del amor, y no lo dudo,  
que él le pretenda desnudo  
y tú le busques vestido.

Tirse, tu amiga, dirá,  
si aquesto le comunicas,  
que es bajeza, pues te aplicas  
a quien te tiene y no da.  
Concluida quedará  
aquí tu razón, sin duda.  
Y es que acaso te acuda  
a responder por tí sola,  
dirá que rueda la bola,  
que a quien muda, Dios le ayuda.

Estimó mucho Tirse las décimas, y encareció lo bien escrito con algunas hipérboles, muestras de su agradecimiento, ofreciendo traer algunos versos del correspondiente de Anarda para otro día; y para agradecer a Vireno el cansancio le dijo se sirviera de una curiosa sortija que en su mano lucía a vista de los esplendores que ostentaba, cándido hechizo de los ojos y perfección atractiva de la voluntad, a que Vireno hizo esta redondilla:

Niña que el amor prohija  
y a serviros me abalanza,  
no diréis soy mala lanza  
pues me llevo la sortija.

Con mucha risa fue aplaudida la redondilla de las damas, y queriendo despedirse Tirse le suplicó Vireno le diera licencia de acompañarla, que por pedirlo Olimpa hubo de consentir; y habiendo pasado la tarde con algunos chistes, se despidieron quedando en verse para el día siguiente.

Iba nuestro Licenciado acompañando a Tirse y sucedió haber de pasar una de las calles del Presidente. Y por no descubrir a Tirse sus pactos hubo de hacerlo, aunque contra su voluntad, porque acertó a tropezar con el Sargento que, llegándose a ellos, les dijo:

-Vuesa merced, mi señor, socorra a un pobre soldado que en servicio de su Rey ha recibido muchas heridas.

Rióse Tirse de oírle contar batallas cuando sabía que jamás las había tenido sino con Longares y Cariñena, en donde se había señalado mucho, pues todo lo había tomado a pechos, diciéndole:

-Bien se conoce que vuesa merced ha peleado mucho y con muchos, pues las pintas del rostro nos lo dicen.

-¿Y cómo, mi señora? Esto del ojo fue una bala de artillería, que si no fuera ser valientes mis pestañas que con un abrir y cerrar la ahuyentaron, lo hubiera perdido.

-A fe que tiene mal ganado -respondió Tirse- pero quédese a Dios, y tome para que les pueda dar fuerza.

Esto dijo dándole unos dinerillos que el Sargento recibió diciendo:

-Loado sea el hijo de María que a los postres del día tope un hombre el principio de lo que desea.

Y se entró en una ermita a dar gracias. Fuéronse dando carcajadas Tirse y Vireno, y llegando a su posada, dijo:

-Ésta es, señor Licenciado, mi pobre choza, para lo que se le ofreciere.

Despidiéndose, quedando verse al día siguiente y acordando los versos a Tirse.

Gustoso (al parecer) estaba; pero como todos los gustos son vísperas de pesar, le sucedió que pasando por una esquina le ceceasen de una reja baja, a la cual se llegó, y oyó que decían:

-¿Es don Francisco?

A tiempo que mudando algo la voz, respondió:

-El mismo.

-Pues esa es la muestra; vuesa merced haga como la concierten, que mi señora doña Anastasia lo estimará.

Y a este tiempo le pusieron en la mano una bolsa de ámbar, cairelada de oro, que el Licenciado tomó, y dijo haría la diligencia. Y cerrando la ventana se quiso ir a tiempo que se vio embestir de un bulto que con una espada y un broquel a toda priesa le seguía. Mas dejándose caer dijo no debía ser él a quien buscaba, a cuyas razones el contrario conoció su inadvertencia, y diciéndole se levantase se despidió. Pero diciéndole estar herido le pidió perdonase, y conociéndolo por pobre le dio un bolsillo con algunos de los de a ocho para su cura. Así se retiró a su posada Vireno, y llamando a un cirujano, le halló una pequeña herida en la mano izquierda que le curó, dejándolo hasta otro día.

Pasó algo inquieto la noche, cuidadoso de qué podría venir dentro de la bolsa, y luego que amaneció la miró, hallando en ella una muestra de reloj harto curiosa, si bien de poco valor. Consolóse con la segunda, por hallar en ella hasta cien reales en moneda doble, que

aunque éstos le costaron sangre, los estimó más por ser adagio común que lo que vale mucho, etc. Vino el cirujano y diciéndole no ser cosa lo de la mano, se vistió con intento de no dejar de oír los versos del galán de Anarda; y habiendo comprado una banda negra para sustentar el herido brazo, llegada la tarde, se fue en cas de Olimpa, que la halló algo melancólica, y preguntándole la causa, dijo ser haberle hecho falta cierta paga que le habían de hacer y hallarse empeñada en dar veinte de a ocho por un treudo que aquella casa hacía. A que el Licenciado respondió:

-No se fatigue vuesa merced, que yo me atrevo a buscar el dinero.

-Cierto lo estimaré -respondió Olimpa- y correrá por mi cuenta la satisfacción, pero mire que se han de dar cuanto antes se pudiere.

-¿No le parece usted que como se den el domingo estará bien?

-Sí señor -respondió Olimpa.

-Pues descuide.

Aquí llegaban de su conversación, cuando entró Tirse, tan bella como ella misma, que no hay más que encarecer. Y habiendo tomado asiento, dijo:

-Ya tengo acá los versos.

-Pues veámoslos -pidió Olimpa.

Diciendo Tirse:

-El asunto es el no poder ver a su dama un galán por estar indispueto del achaque de habersele encarnado una uña del pulgar del pie derecho. Los versos dicen:

Temiendo, Anarda, tu enojo  
la disculpa te he de dar,  
que no irte a visitar  
es por andar de pie cojo.

De un dedo carne me araña  
una uña desigual,  
que he dado en quererla mal  
siendo los dos carne y uña.

Mas en mi desdicha veo  
te tienes, niña, de holgar,  
pues llegarás a alcanzar  
saber del pie que cojeo.

Porque bien claro se ve que,  
aunque lo llegue a encubrir,  
no ha de llegar a sufrir  
esta duda estar en pie.

Y aunque estoy muy satisfecho,  
remedio no he de tener,  
que estoy en pie a padecer,  
condenado por el derecho.

Pero confié más, pues  
me dicen y me dan gusto,  
que suele al que calza justo  
írsele este mal por pies.

Yo colijo de su trato  
y de su buen proceder  
que quiere darme a entender  
dónde me aprieta el zapato.

Pero dicen mis barruntios,  
viendo sus grandes aceros,  
que un hombre hace mal con cueros  
llegar a ponerse en puntos.

Celebró mucho Vireno las redondillas diciendo:

-A vista de esto ¿qué quiere vuesa merced luzca, siendo todo resplandores?

-Bueno, bueno -dijo Tirse- dejemos eso y díganos qué le motiva el traer esa banda.

-Eso mismo quería yo preguntar -dijo Olimpa- que me ha hecho novedad.

-No es cosa -respondió Vireno-. Lances que suceden a los hombres.

-Siempre habrá sucedido por alguna dama -dijo Olimpa- que las mujeres de muy antiguo nos viene el ser origen del daño.

Levantóse Vireno y quitándose el sombrero, dijo:

-No había reparado. Perdonadme, Señor, que estaba divertido, pues diciendo el evangelio me estuve con tanto descuido.

-Bueno, bueno -dijo Tirse- bien acredita vuesa merced lo que es tan contra las señoras mujeres.

-Esto ha sido chanza -respondió- que ya saben les soy muy aficionado.

-Pues ¿qué ha sido de la mano? -volvió a preguntar Tirse. A que respondió:

-Yo lo diré en una redondilla.

Lo de la mano es muy llano,  
que fue caso contingente,  
pues por hallarme corriente

pude tenerlo en la mano.

-Vitor -dijeron las damas- llévese vuesa merced el laurel de los poetas.

-Cese -dijo Vireno- la alabanza, que es poner ramo, etc.

No espere el lector que diga que nuestro Licenciado les dio de merendar a estas damas, aunque me oiga decir que las regalaba con estos platos compuestos, pues los poetas no dan manjar menos costoso. Básteme decir que él tomara si le dieran, como se ha visto. Y habiendo recostádose el sol en las bien mullidas espumas, trataron de irse cada uno a su posada.

No se descuidó de hacer la diligencia que Olimpa le tenía encomendada, y para buscar los veinte de a ocho se valió de esta astucia: tenía, como hemos dicho, aquella muestra de reloj Vireno, y para buscar los veinte de a ocho hizo esto: llegóse en cas de un famoso relojero de los más hacendosos. Y habiéndole saludado le mostró la muestrecilla diciendo:

-¿Qué le parece a vuesa merced, señor maestro, de esta muestra?

-Buena -respondió- pero se ha de limpiar, que está algo tomada del tiempo y es poca curiosidad tenerla así.

-Pues vuesa merced lo haga, que yo volveré por ella.

-Está bien -dijo el maestro-, siempre que vuesa merced quisiere podrá, que esto es negocio de media hora.

Despidióse con esto, volviendo muy puntual; y habiéndole alabado y exagerado su fineza, le satisfizo y le dijo:

-Vuesa merced me ha de hacer favor de tenerle a la vista porque yo quería deshacerme de ella.

-¿Pues cuánto diremos? -preguntó el relojero.

-¡Oh señor mío! -respondió- es alhaja que la estimación hace el precio.

-Pues cierto que he vendido yo otras algo mejores por cinco escudos.

-Guarda la cara -dijo Vireno-. No, señor, más me costó a mí en Venecia de un insigne artífice: no la ha de dar vuesa merced menos de treinta de a ocho, y es darla por un pedazo de pan, y a más, que si no se vende, ésta no le puede a vuesa merced hacer gasto. Téngala a la vista y a quien diere lo que digo, dela, que yo satisfaré el agasajo.

-Está bien -dijo el maestro- pero juzgo será tarde.

-No importa ¿qué le hemos de hacer? -respondió el Licenciado.

Y con esto se despidió y trató la venta de la muestra de esta suerte. Pasaba a la sazón por Zaragoza un caballero sevillano llamado don Francisco de Chaves, del hábito de Santiago, el cual iba a hacer las pruebas de este hábito para don Rodrigo Arbizu (que, a la sazón, se hallaba en Sevilla) a Pamplona, cabeza del nobilísimo reino de Navarra. A éste vio nuestro Vireno con grande acompañamiento de pajes salir de Nuestra Señora del Pilar; y llegándose a uno de ellos, tuvo noticia de la calidad, nombre y prendas de este caballero. Y haciéndosele contradizo lo saludó diciendo:

-¿Es posible, señor don Francisco, que tengamos tanta dicha de verle a vuesa merced por esta tierra? ¿Cómo queda el señor Alonso de Chaves?

Admirado quedó el forastero de oír su nombre y el de su padre en hombre que, a su parecer, jamás había visto, preguntándole:

-¿Pues quién es quien tantas honras me hace?

-No me admiro que vuesa merced no me conozca, que ha muchos días que falto de Sevilla. Pero si el señor don Alonso me viera presto me conocería. Yo soy hijo segundo de don Baltasar Alderete, veinticuatro bien conocido.

-Y cómo que lo es -respondió don Francisco- y el mayor amigo que tiene mi padre. Y vuesa merced debe ser el señor don Juan que ha tantos años que allá no se sabe de su persona.

-El mismo -acudió Vireno-, que travesuras de mozo me tienen en este estado.

-Cierto que me he holgado mucho, por llevar tan buenas nuevas al señor don Baltasar, de que se me haya ofrecido esta comisión -dijo don Francisco.

-Yo soy el que he tenido la dicha -respondió Vireno- y más por hallarme en cierto empeño que vuesa merced me ha de sacar.

-Y cómo que sacaré -dijo el forastero-; todo lo que vuesa merced tarde en declararse será hacerme muy poca merced.

-Pues, señor, el caso es que cierta dama ha apetecido una muestra de reloj que está en casa del artífice, el cual llegando yo a comprarla para servir a esta dama me ha pedido un excesivo precio, tanto que me ha llegado a enfadar viendo su necesidad, porque os aseguro que no vale de treinta de a ocho en adelante y él me pedía cuarenta con un desuello increíble. Por lo cual, amigo y señor, vos me habéis de hacer favor de ir y concertarla en treinta de a ocho dando estos seis de señal, dejando dicho que al que llevare la resta se le entregue.

Esto dijo, dándole a este caballero los seis referidos que, aunque los rehusó diciendo que él los daría, no quiso consentir diciendo:

-Para mayores cosas quiero yo los amigos, que esto es una chuchería.

Y dándole las señas de la muestra y de la bolsa se despidió habiéndole dicho la casa del relojero, quedando verse a la tarde en Nuestra Señora o en Santa Engracia, a donde dijo este caballero podría ser iría a visitar aquel Non plus ultra de los erarios y archivo de las mayores reliquias del mundo.

Fue don Francisco a casa del relojero, y habiendo visto la muestra y conociendo ser aquélla por las señas de la bolsa, la concertó en los treinta de a ocho, dando los seis de señal, y dejando dicho que se la diesen al que trujera la resta, y se partió a ver lo más notable de aquella ciudad. Admirado quedó el relojero de ver que se había vendido aquella muestra en tan excesivo precio. Y así, quiso tener algún logro en ella diciendo no haberla vendido sino en veinte y ocho de a ocho, pues le pareció era repagarla y que dándole a Vireno esta cantidad luego no haría reparo, y él no podía perderla por tener la señal dicha. Estando discurriendo esto acertó a pasar Vireno, al cual llamó y le dijo:

-¿Qué le parece a vuesa merced, señor Licenciado? Ya tiene vendida su alhaja.

-Siempre habrá hecho vuesa merced de las suyas -dijo el Licenciado.

-¿Cómo? -replicó el maestro- juro a Dios que se la han repagado a vuesa merced.

-¿Y en cuánto ha ido? -le replicó riéndose.

-En veinte y ocho de a ocho, que le aseguro que no entiendo en qué puede estar tanto valor.

-Cierto es que vuesa merced no lo entiende, que si lo entendiera no hubiera hecho tal disparate. Quédese a Dios, que voy de prisa.

-Oye vuesa merced -dijo el maestro-. Ya está hecho, paciencia. Si quiere el dinero, véalo.

-Échelo acá -dijo Vireno- que yo le aseguro sea la última alhaja que a vuesa merced le encargue.

Y habiendo recibido los veinte y ocho de a ocho, le dio dos diciendo:

-Tome, para unas perdices, que, aunque me ha desabrido, no quiero se queje de mi galantería. Y adiós, que me esperan -dejándole muy contento por ver cuán bien le había salido su traza.

Sin detenerse se partió en casa de Olimpa, a quien dio los veinte de a ocho, que ella recibió con mucho encarecimiento diciendo:

-Muy puntual sirve vuesa merced a quien tan poco debe.

-Déjate, niña hermosa, de eso, y perdona la llaneza.

-Bueno está eso, por mi vida -dijo Olimpa-; así gusto yo que me traten los que me hacen favor.

-Estimo el agasajo -respondió el Licenciado-, y, dándome licencia, me voy poco a poco a comer.

-Si vuesa merced es servido, ya sabe que la olla de viuda no puede ser muy regalada.

-Yo lo estimo como si lo comiera -dijo él- Quédate a Dios hasta la mañana, que esta tarde estoy un poco ocupado.

-Está bien -dijo Olimpa.

Yéndose a su posada, de la cual salió en busca de don Francisco dadas las cuatro, guiando por la calle de la Pelota a Santa Engracia. No se detuvo en ésta, lo uno por no ser aficionado, y lo otro por no ver murmurar faltas ajenas a los que viven tan descuidados de las suyas. Llegó a aquella portentosa fábrica, y habiendo encontrado a don Francisco en la portalada, después de haberle saludado, le dio las gracias por la puntualidad con que había ejecutado lo que le suplicó, y se pusieron ambos a mirar y admirar juntamente aquel sin segundo milagro de alabastro y portentosa ejecución del arte. Visitaron lo más célebre de este templo, y se admiraron viendo en las argentadas lámparas un milagro continuado, pues, siendo el fuego causa de dos efectos, allí sólo se advierte el de lucir sin sombra por faltarles el humo, que don Francisco celebró con debidas admiraciones. Adoraron las sagradas testas de aquéllos tío y sobrina, honor y lustre de la nación lusitana, junto con la del famoso labrador Lamberto, cuya heroica planta se cortó en buena luna pues goza del eterno sol. También el lignum crucis pectoral que fue del santo rey don Fernando Católico, catecismo de nuestra fe; las masas tan celebradas de aquellos fieles sin número; la preciosa imagen del Corifeo de los Ángeles, Miguel, cuya hechura es preciosa por su materia y sin precio por su dibujo, timbre del arte, dechado de la perfección. Pasaron al interior de la casa, celebrando la librería por la diversidad de sus cuerpos y compostura de libros. Bajaron a sus claustros a hora que ya la noche se venía, con que se despidieron de los religiosos, dándoles las gracias por haberles mostrado tanta grandeza. Y queriendo irse a su posada, no lo consintió don Francisco, diciéndole que por ser la última noche que había de estar en Zaragoza le honrase sirviéndose de su mesa. Hubo de consentir nuestro Licenciado, yendo a la posada de don Francisco en donde hallaron una espléndida cena. Y después de haber cenado se fue a su posada Vireno quedando que si acaso volvía don Francisco por Zaragoza, podría ser irse en su compañía a su patria, y a la despedida lo abrazó este caballero diciéndole había de partirse antes del amanecer. No se holgó poco cuando oyó era tan apriesa su partida, temiendo que por este medio podría ser, si se estaba más días, se sabría lo del reloj. Fuese gustoso a su posada a esperar el día para con él ver a su Olimpa, juzgando estaría quejosa de tanta ausencia.

Levantóse muy de mañana, y al tiempo de salir de su posada topó con el visitador de parajes, el cual le dijo no dejase de acudir a la junta el domingo, que era el día siguiente, porque había muchas novedades, pena de incurrir en la desgracia del archipobre, y que se



haría un castigo ejemplar en su persona si faltaba. Ofreció hacerlo y, despidiéndose de él, guió a la casa dicha. Entró en ella, siendo recibido de doña Sofía y sus hijas con mucho regocijo, llamándole su valedor, su amparo y remedio (tanto adquiere un agasajo hecho en oportunidad). Y habiendo tomado asiento, le pusieron una bien compuesta mesa con dos pastelones, uno de salmón y otro de anguilas, diciéndole tomase aquel desayuno, y perdonase del atrevimiento.

-Bueno, bueno -dijo Vireno-, esto es mucho para quien tan poco merece como yo.

-Déjese vuesa merced de eso, -dijo doña Sofía- y almuerce, que ésta es corta paga para lo que le debemos.

Almorzó con mucho gusto, y a los postres vino doña Tirse que fue bien recibida de todos, a quien nuestro Vireno hizo esta redondilla:

Tu venida, Tirse mía,  
no me ha cogido en ayunas;  
que tan lindas aceitunas  
puede ser postres del día.

Con encarecidos hipérboles celebraron la bien dicha redondilla, diciendo Tirse:

-Siempre los postres suelen ser los mejores, aunque por mí no se puede decir, pues al fin de las mayores finezas he hallado el más infeliz postre que se pudo dar a mi voluntad.

-Pues ¿cómo? -dijo Vireno- ¿Tan mal ha correspondido? No es posible sea hombre de obligaciones.

-Aun por tener tantas hechas, me veo con tantos ahogos -respondió ella.

-Cierto me pesa -dijo Olimpa-, pues no eres digna de tales enfados.

-¡Qué quieres amiga! -dijo ella-. Somos desdichadas las que nacemos enamoradizas.

-¡Y cómo que lo son! -dijo Vireno-. Yo tuve un aficionado mío de mucha edad, y tan cabido con las damas que ninguna le cerró la puerta. Y esto era por haber guardado toda su vida tres cosas.

-¿Y cuáles eran? -preguntó curiosa Olimpa.

-Las de no querer, creer ni burlar a una dama.

-No me parecen mal -dijo Tirse- las dos, segunda y tercera. Pero la primera no apruebo, porque donde no hay voluntad mal se ejecutan las obras. Las dos quisiera que se me declararan.

-Las tres explicaré brevemente y atención: querer a una mujer, decía, no lo haga ninguno porque son tales como la mona, que en conociendo que un hombre la teme (lo que es en la mujer quererla) lo araña, lo cuca y lo muerde; esto es en la mujer: se burla, se mofa y hace chanza de sus amenazas, pareciéndole le tiene tan presa la voluntad que no se ha de poder desasir por más que haga, por no privarse de sus cariños. Creerla, menos, porque ninguna habla verdad. Esto no se entiende con las mujeres de pundonor, como vuestas mercedes, y los mismos cariños usan con Juan que con Francisco en pagárselos, que hasta esto lo han hecho granjería. Burlarla tampoco, porque los tales perros suelen llevar maza, que a puros golpes avisan a los demás, con que la que una vez se ve burlada no se deja engañar segunda. Y en cuanto lo que vuesa merced ha dicho del quererla, diga que será justo que se quiera, pero que no se diga, y sáqueme deste ahogo Góngora, donde dice:

Manda amor en su fatiga

que se sienta y no se diga.

Porque yo no he de seguir la conclusión que dice:

Pero a mí más me contenta

que se diga y no se sienta.

Por ser esto último el crédito de la segunda propuesta de mi amigo.

-A fe que no era bobo el tal que llama vuesa merced bobo. Podía leer cátedra a los novicios en el arte. Era perro viejo y sabía mucho.

-¿Y cómo que sabía? -dijo Tirse-. Yo me hubiera holgado conocerle para no haber dado en este barranco de afición tan ciega, que por serlo se pasa con perros que le sirven de guiarla al precipicio. Pero yo abriré los ojos, que más vale tarde que nunca, pues dice el adagio: Quien yerra y se enmienda, etc.

Así pasaron hasta la hora del medio día en que se despidió nuestro Licenciado, diciendo tenía mucho que escribir aquella tarde por haberse de hallar en cierta junta el domingo donde había de concurrir los mayores hombres del mundo y haber de dar su parecer. Aquí fue donde tuvieron por hombre sabio en leyes al señor Licenciado estas señoras, a causa de no entender su facultad, cobrándole nueva afición, porque a esta gente jamás le faltan barajas, acariciándolo de nuevo Tirse por si acaso se le ofrecía haberlo de menester en sus trabajos, que las tales siempre tienen uno de cada facultad para sustentar su arte. Despidióse dejándolas gustosas de su empleo.

Llegó el domingo y con él la hora en que se había de hallar con sus camaradas que ya lo esperaban, y el Sargento sacando un papel, leyó:

CARGOS QUE SE LE HACE A NUESTRO SECRETARIO EL DÓMINE POR OTRO NOMBRE

-Primo, ha delinquido nuestro secretario en entrar en una de mis calles, y yo soy el testigo que le topé.

También dijo no ser culpa suya, sino el ir acompañando a una dama.

-No obstante -replicó el presidente- ha de pagar usted la mitad de lo que yo gasté.

-Está bien, soy contento -dijo el secretario-. Dígalo vuesa merced con verdad pues ve me fío de ella.

-Señor, yo bebí cinco tazas sencillas, que a buena cuenta tocan a vuesa merced las dos y media, y media por haber incurrido, son tres.

-No son sino dos y media -replicó.

-Si son.

Y de unas razones en otras se empeñaron, con que dándole un sopapo nuestro Licenciado se alborotó el cortijo. Y el archipobre voceando:

-¡Resistencia y ayuda al colegio!

Acudieron todos. No lo apaciguaron tan a solas que no se hallaran dos ministros del alguacil que habían salido a caza de gangas, y topando ésta se metieron a desplumarla. Los cuales, asiendo a nuestro Licenciado y del Sargento, que estaba amostazado hasta las narices, los quisieron llevar a donde la sal es lo mejor que tiene. Pero reconociéndole las faldriquetas a Vireno, le hallaron el bolsillo, que ellos dijeron ser hurtado y que conocían al dueño y que se le había de acordar. Mas dándoles dos rempujones de buen aire se les escurrió, acogiéndose a los palacios del Castellán de Amposta donde se aseguró de aquel riesgo. Estuvo en este palacio hasta la noche, que salió con intento de verse con Olimpa y trazar el modo que tendría para cobrar los veinte del préstamo ya referido. Por las más ocultas calles que pudo se fue a su casa, y hallándola cerrada, admirado preguntó a los vecinos la causa y fuele respondido estar la madre y las hijas presas y muy apretadas, la madre por tercera y las hijas por primas de la música de Cupido. Y que juntamente habían preso a otra dama por haber sido la total ruina de un hombre casado, llamada Tirse. No quiso saber más nuestro Licenciado y yendo a su posada dijo que se quedaba a cenar con un amigo, ausentándose de Zaragoza sin gasto de carruaje, por poder decir con verdad lo del caracol: omnia mea mecum porto. Ofreciendo, si acaso me escribe sus travesuras, dar fin con sus hechos en la segunda parte.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

